

jar listo el Palacio, y más de cien mil duros todos los preparativos de la entrada.

— Con razón la República se ha despoblado, afirmó Castro.

— El imperio dirá usted, señor periodista, recaló Mangino.

— ¡Ya lo creo! exclamó el deán; como que no hay plazuela, recodo, callejón con salida á alguna calle de las de la carrera, ni pasadizo algo capaz, que no estén llenos de tablados.

— En las azoteas se han formado palcos.

— Los balcones situados en las calles del tránsito de la comitiva, valen cincuenta y cien pesos.

— Dos onzas he visto ofrecer por uno en la calle del Puente de la Mariscalá.

— Y yo presencié ayer cómo se alquiló una ventana baja, enrejada, en ochenta del águila.

— Una puerta de la calle de San Francisco vale ahora mil á dos mil duros.

— Familias ha habido que saquen el importe del arrendamiento de su casa en un año, sólo con alquilar sus balcones.

— Lo que va á estar lucido es el paseo de carruajes.

— Y la cabalgata de charros.

— Y la iluminación.

— Y los vítores.

— Todo, todo será de chuparse los dedos.

Se despidieron los tertulianos con las ceremonias del tiempo.

— ¿Usted es servido de ir á tomar la sopa?

— La tomaremos arriba, que está más cerca.

— Gracias.

— De veritas.

— Otro día; hoy me esperan por casa.

— Pues que se le vuelva á usted enjundia.

— Que aproveche.

— Hasta la tarde.

— Mis respetos á la señora.

— Padre, hoy le daré una zurra...

— ¡Qué me va á dar usted, hombre; si no he visto tresilista más chambón!

— Ya verá usted.

— Adiós, señor Jecker...

— *Au revoir, mon colonel.*

— A los pies de usted, señora.

Había quedado Villard en el despacho; pero Juan Bautista le pidió permiso para hablarme aparte y me dijo en secreto:

— He pensado en ti para que seas quien presente á Sus Majestades una exposición de las señoras mexicanas... Una exposición en que le piden á la Emperatriz que proteja la religión católica.

— Yo no presento eso.

— Lo presentas ó te ves en la precisión de afrontar un disgusto... Es una inocentada, una tontería sin importancia... Eso sí, un español que albea: es obra de don Alejandro Arango.

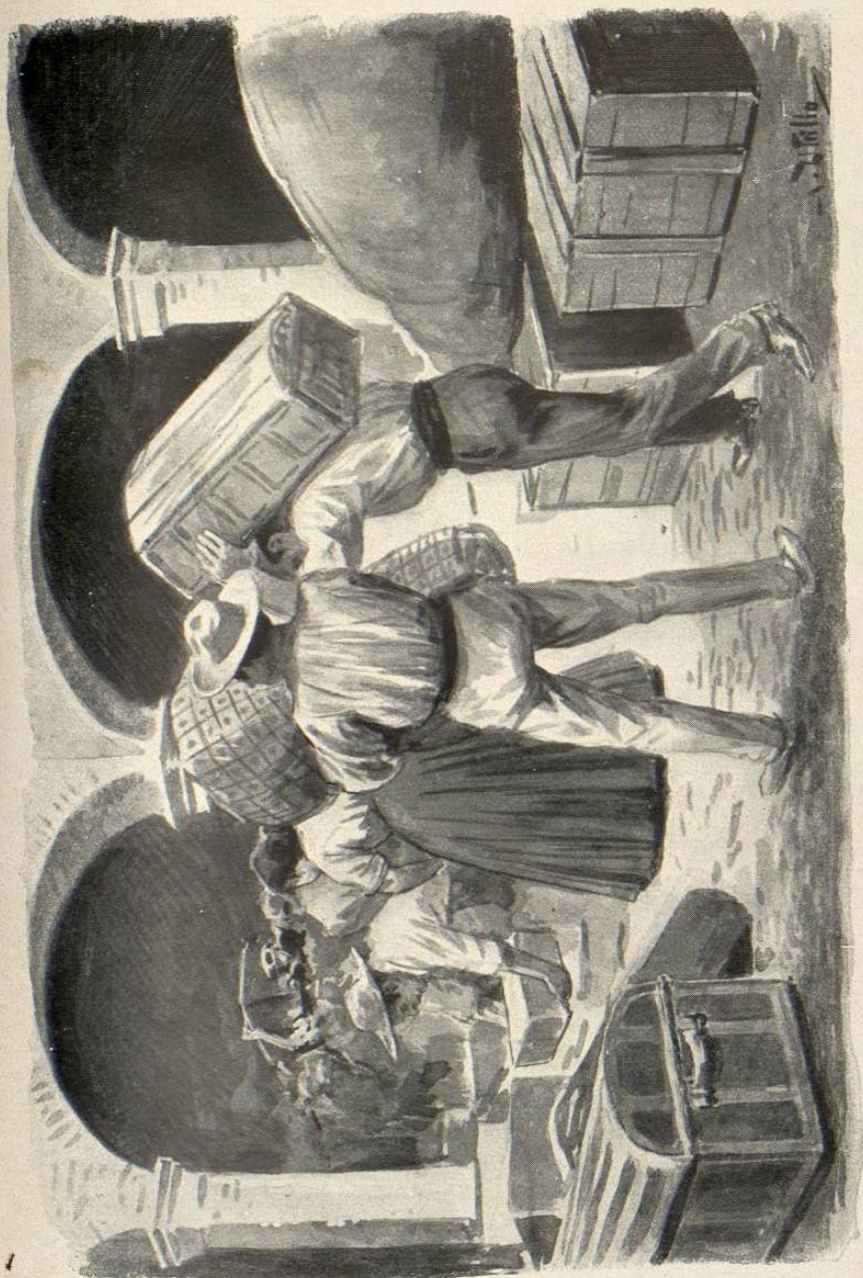
— Lo que entenderá la Emperatriz de perfiles de estilo... Me parece que lo va á tomar por donde debe tomarlo: figurándose que les quieren forzar para que acepten muchísimas cosas que maldito lo que les gustan.

— Así será, pero tú no des tu brazo á torcer... Al fin que tú ya eres conocida de los Emperadores y no han de creer que has hecho ni aconsejado esa tontería.

— Pues si crees que no se siga daño á la casa y que no lo tomen á mal los Emperadores...

— Te respondo de todo.

Almorcé en compañía de Juan Bautista — gran mesa, gran servicio, gran cocina — y á las cinco volví á Vergara á saber cómo caminaba el negocio importantísimo de mi alojamiento. ¡En qué momento llegué! Entraba nada menos que un hato de criados, caballerangos, mozos de escuela, chichiguas, galopinas, cocineras, pinches, pilmanas, cocheros y carreros que descargaban el equipaje del viejo don Alonso Colmenares, propietario de una hacienda del Bajío, entre León y Silao. *Mme. Pulidó*, apenas pudo hacerme caso; pero cuando dejaron de meter sillas de



— ¡En qué momento llegué! Entraba nada menos que un hato de criados ..

montar, baúles, petacas, almofrejes, colchones y maletas, se me acercó para decirme:

— No tenga cuidado, que aunque la familia llegó á tiempo, ¡qué tanteada! ya tengo en dónde ponerla... No me pregunte nada, que nada le puedo decir todavía... Todo depende de usted.

Al fin se desocupó la atareadísima dueña y entró á darme conversación al aposento cercano á su portería, aposento que con su cama de rodapié de gancho, su ropero de madera fina, su sofá de cerda y su imagen del santo niño de Atocha, iluminada por una lamparilla de mariposa, no parecía tan pobre ni tan humilde como habría convenido á una portera.

— Siéntese, mi alma, que no pueden tardar; á las siete en punto comen y cuente con que entran aquí á tomar sus llaves... Ya verá qué gentes tan principales.

No sabía quiénes fueran las tales gentes; pero como si la portera lo hubiera dispuesto, acabando de decirlo, tocaron á la puerta y aparecieron dos sujetos, dos sacerdotes que se me figuraron los más curiosos personajes que hubiera visto en mi vida. Era el uno alto y de buen porte, lo que se llama en todo el mundo un hombre guapo. La procedencia italiana se le conocía á legua, pues solamente esa raza escogida podía producir un ejemplar que resultara bello y altanero, á pesar de la cara rapada y de las ropas negras. El otro era un viejecillo moreno, arrugado, con

los ojos dolientes de quien pide misericordia, y la ropa desgarrada de quien pide limosna.

Zanetti, así se llamaba el mozo, se inclinó ante mí con



la sonrisa meliflua de un *ab- batino* italiano criado en lo más exquisito de la corte pontificia; Robles, como se apellidaba el viejo, me vió con cara entre llorosa y compungida.

— ¿El señor vizconde?

— No ha venido todavía, padrecito.

— Le esperamos... le esperamos... Siéntese usted, señor Robles... Vuestro bello idioma, me dijo, tiene la dificultad de las cosas fáciles: se parece tanto á mi caro italiano, que á menudo confundo uno y otro y hago con los

dos unas horribles ensaladas... ¿Y es mexicana la señora?

— Sí, padre, mexicana soy, aunque faltaba del país hacía algún tiempo.

— Ya lo decía, ¡*sangre de la Madonna!* ya lo decía... Tiene usted el aspecto de francesa, de española, de no sé

qué, pero no de mexicana... Tanta hermosura no es de esta tierra... Se parece usted grandemente á Su Majestad la Emperatriz de los franceses...

— Ya había oído decir lo mismo á algunos amigos...

— ¡Pero si es notable la semejanza!... la cara, los ojos, el perfil, la frente; sobre todo, el perfil...

Robles se había quedado extático. ¿Sería cierto que un sacerdote decía florecillas á las damas? ¿Sería cierto que él oía aquello sin escandalizarse ni protestar? ¿Qué le pasaba, qué era lo que le pasaba que no se ponía á vociferar espantado?—Pero las ganas de armar escándalo se le han de haber pasado pronto, pues sólo se limitó á vernos con ojos de espanto y de reproche, con ojos de quien oye decir las más horribles blasfemias.

— Somos dos pretendientes, señora, y estamos aquí de paso... Yo quise, ¡qué diablo! conocer el nuevo mundo, saber cómo era la América, y me vine á los Estados Unidos... Me pasé dos años entre los mineros de la California, cinco con los pieles rojas, uno con los sioux y tres con los apaches... Lo demás del tiempo estuve en New-York, en Washington!... ¡Qué país aquél, señora! eso es libertad, riqueza, trabajo y bienestar... Pude haber traído mucho dinero; pero preferí llegar sólo con un montón de papeles... Me los compraba el Instituto Smithsonian; me hacía proposiciones el *Herald*; pero yo preferí... *per Dío*, ofrecerlos á México por si Su Majestad quería adquirirlos... La sangre tira,

y más bien que dejar allá estos documentos que contienen cosas necesarias para México, prefiero traerlos aquí donde serán apreciados... Diez ó doce mil duros de diferencia entre lo que paguen México y los Estados Unidos, no dirá nada para mi propósito .. En cuanto á este señor, el reverendo padre Robles, es un franciscano exclaustrado que ha descubierto nada menos que la manera de leer los jeroglíficos mexicanos... La disertación apologética que ha escrito es un primor, un verdadero primor... Figúrese usted que sostiene que todos cuantos han estudiado asuntos de México, son unos grandísimos babiecas, que han creído hallar en los tales jeroglíficos alusiones á la historia doméstica de las tribus mexicanas: el Padre prueba que no hay tal y que en las pinturas indias está toda, todita la historia sagrada, desde la caída de Adán hasta la caída de Pío IX...

El padrito rió de buena gana y me dijo todo encogido:

— No le crea usted á Zanetti; es de lo más cuajante.

— ¡Cuajante! gritó el otro enardecido con la réplica: ¿de manera que no es usted quien dice que el pecado de nuestros primeros padres, el paraíso terrenal con la serpiente, el diluvio universal y su paloma, Abraham y su evocación, Lot y sus hijas, están representados en ese marracho que según usted se llama lienzo de Tlaxcala ó no sé cómo?

— ¡Cállese usted, hombre, y no disparete!

— ¡Qué me voy á callar! si la señora tiene que saber quién es usted y los proyectos que acaricia: mi amigo Robles, señora (y se lo digo á usted para que lo comunique á los Emperadores, ya que tiene ó va á tener tanto metimiento en la casa imperial), mi amigo Robles, amén de ser un arqueólogo que deja tamañitos á Ramírez, á Orozco, á Chimalpopoca y á cuantos aficionados hay ahora; y á Boturini, Clavijero, Veytia y demás doctores que antes hubo, es un político y un cosmógrafo *di primissimo cartello*, que tiene entre manos varias empresas que no por ser llanas dejan de darle mucho que hacer: trata de arruinar el sistema de Copérnico y de hacer ver que el señor de Tolomeo fué quien dió en el clavo en estas cosas del gobierno de nuestro planeta; procura destruir los ferrocarriles y alcanzar que las locomotoras se sustituyan por burritos; quiere acabar con las máquinas de hilar y tejer y con los artefactos de hierro, madera, plata ú oro que vengan del extranjero y que no sean fabricados con materiales del país; y se propone, en fin, echar á los bárbaros que vienen de fuera porque está convencido de que para bárbaros basta con los que hay aquí y que los de extranjis no traen sino atraso, vergüenza y desmoralización.

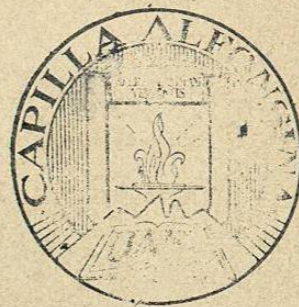
El Padre permanecía callado, como sin escuchar lo que decía el verboso Zanetti, que ó no tenía tal dificultad en hablar el español ó se inspiraba en las cosas que refería.

— Pero, manifesté tímidamente, ¿cómo hará el Padre para conseguir que no vengan cosas de fuera? Porque mire usted que llevar por todo traje un taparrabo de hojas de plátano, y por único tocado un montón de plumas de guacamaya, es cosa que no sé cómo podría conseguirse... y más ahora que tenemos corte.

— Eso mismo, respondió Zanetti con una seriedad que de puro cómica daba más risa, eso mismo le he dicho; pero el Padre no se da á partido: contesta que cortes tuvieron Netzahualcoyotl, Moctezuma y aun Huitzilihuitl, y sin embargo, para nada necesitaron de franceses ni de americanos; lo más á que se allana mi amigo es á que se siga hablando en español mientras se extiende el náhuatl, y á que tengamos algo de la civilización española, por ejemplo, la que había el treinta y uno de Diciembre de mil setecientos, pues de entonces acá cuanto ha resultado en la misma España es picardía, ateísmo é inmoralidad... En fin, el Padre trata de conseguir dos cosas que traerán el triunfo de su sistema: que se acaben, arruinen y destruyan los Estados Unidos, y que se amenjue, y si es posible se extinga, el protestantismo en todo el mundo.

— Pues no hay duda, expuse, que todo eso conseguirá publicando las obras que está escribiendo y que le darán tanta fama como dinero...

— Ni fama ni dinero, dijo el fraile dejando de sobar



FONDO ENTERRIO
VALVERDE Y TELLEZ